

Pedro C. Tapia Zúñiga

Gorgias, más allá del bien y del mal

La escenificación es un engaño
donde, como dice Gorgias,
“el que engaña es más justo que el que no engaña,
y el engañado, más sabio que el no engañado”

Si existe un lugar para las almas de los justos, allí está Sócrates desde el año 399; allí está Gorgias de Leontini desde, quizá, el 390. Para los efectos de estas líneas, cada quien, según sus experiencias, puede imaginar ese lugar como más lo entusiasme. Vamos al año 375 (todas nuestras fechas son de antes de Cristo), y veamos, oigamos todo lo que, a la llegada de Platón, se pueda ver y oír, quizá valga la pena.

Platón llega contento, pero no tan de buen humor como pudiera suponerse a partir de las palabras del *Fedón*. Claro, la noticia de su llegada se había extendido como, entre nosotros, todos los buenos chismes, y también los malos; de manera que ahí, a una prudente distancia de esas puertas que dan al más allá, estaba Esquilo, pura palabrería, nada de pensamiento, como decía Aristófanes que, por casualidad, también se encontraba entre los presentes. Allí estaba Zenón de Elea, allí estaba Protágoras, allí estaba Hipias de Elis; allí, Córax y, naturalmente, acompañando a Córax, se encontraba Tisias; allí, Parménides y Cratilo; ¡por Zeus! allí estaban todos los filósofos presocráticos, todos los viejos sofistas, y también Sócrates, que platicaba fervorosamente

con su nuevo amigo, el sofista de Leontini, sobre el *Gorgias* de Platón.

—“¡Alégrate, *jaire*”!, creyó oír que le decía ese coro de antepasados que, por fuerza de eternidad, se convertían en sus contemporáneos. No le habían dicho nada; era un eco de sus últimos pensamientos históricos, de esos a que uno se aferra para aliviar y alentar la pena inevitable de la partida, o de esos que uno escucha del más valiente y triste, o tal vez del más incrédulo de los familiares, mientras a uno lo rodean los amigos que, azorados, no saben cómo disimular la fidelidad del llanto.

¿Alentaría Platón, en su agonía, un encuentro con las ideas? No lo sabemos. Supongámoslo así, para explicarnos el saludo y una ansiosa sonrisa con que se adornaba mientras llegaba al cielo. En su mente se confundían las voces y los rostros de quienes vio al final, con los rostros y voces que comenzaba a distinguir casi en el cielo.

Todas las venerables figuras celestiales, exceptuando a Gorgias y a Sócrates —que estaban absortos, éste en las palabras del otro, y aquél en las ideas de éste— quebraron una seriedad retórica que habría sido sustituta de sus refutaciones: ¿dónde están las ideas? ¿Retoricofobia? ¿Y esa endiablada sofística angelicalmente disfrazada de suprema bondad? Todos, pues, más allá del bien y del mal, dibujaron una sonrisa de bienaventurados al ver que el alma platónica, tras su vertiginosa caída desde el mundo de las ideas al cielo de la realidad, pálido, dejaba ver el rostro de Platón entre algunas plumas que, tras él, caían suavemente de sus alas siguiendo, igual que el manto, la dirección del vuelo.

—“Convéncenos”, creía seguir oyendo, “de que lo que ves y oyes y, en una palabra, experimentas ahora, es mejor que la vida”. Platón —y eso debe pasarles a todos en los momentos del tránsito supremo: un no saber distinguir entre lo real y el sueño— no aguantó más este y otros requerimientos que oía, preámbulo de muchas otras cuestiones a que tenía que responder, y respondió tranquilo, ya en el cielo:

—“Trataré de hacerlo, sí; dije todo eso, y más, pero Sócrates fue mi maestro”. (El tono de su voz, aunque era alegre, no era mayor; sin embargo, todos lo oyeron, y para todos fue patente su optimismo ideológico, uno que estaba a punto de quebrarse. Se codearon unos a otros y, recordando el *Gorgias*, se preguntaban si mediante esas palabras Platón pedía castigo para el maestro por causa de los malos alumnos o si, como lo pensamos, reconocimiento para el sapiente Sócrates, cuya voz, atenta siempre a lo que el otro dice, respondió a su nombre como rayo).

SÓCRATES: ¿Me hablaron? (y era una voz severa; socrática, pues; pero no exactamente como la bonachona y casi cínica a que estamos acostumbrados a través de los *Diálogos* de Platón). Espera, Gorgias, ¡mira quién llega! Hablando del rey de Siracusa... Ven, vamos; es tiempo de aclarar cuentas con este hombre; y sólo se trata de eso, de aclarar; tú y yo sabemos que aquí ya no hay lugar para las disputas.

GORGAS: Vamos; pero ten calma. No es tan grave como te parece. Además, tú lo sabes: quizá no es el momento más oportuno. Platón puede estar cansado del viaje, y además, mira... ¡Cuánta gente llega! ¿Lo supiste? En sus honras fúnebres, como era de esperarse, ningún rétor quiso pronunciar el discurso correspondiente, y se leyó en público el diálogo de *Fedón*. Imagínate lo demás: Cleómbroto de la Ambracia no fue el único suicida; fueron multitudes las que prefirieron la muerte... Sí que hechizaba el hombre con sus palabras; quise decir, “con sus *Diálogos*”, creo que así se llaman sus discursos.

SÓCRATES: Sí que hechizaba; ¡y qué bueno! Fue, sin duda, mi mejor alumno; sin embargo, ¡cómo confundía las cosas que yo dije!

GORGAS: No las cosas, oh Sócrates (y añadió en un tono que iba de lo explicativo a lo apologético); más que las cosas, confundía a las personas. Quiero decir que las embrollaba tanto y tan bien en sus palabras que, con mucha frecuencia, tenían que preguntarte si hablabas en serio o sólo hacías un buen chiste. Repito, pues, confundía a las personas; no a las cosas, porque, según me parece, siempre sabía muy bien lo que decía.

SÓCRATES: No lo defiendas, Gorgias; que se defienda él mismo. Que él mismo nos haga una demostración de esa retórica con que, bajo el disfraz de análisis y síntesis, llevó a cabo obras divinas; de esa, pues, con que enredó a sus contemporáneos. ¿Podrán éstos, o sus sucesores, me pregunto, escapar de ese mundo ideal en que los puso a soñar gracias a esa sofística retórica que tanto combatió? (Sócrates se quedó pensativo...).

GORGAS: Será difícil (dijo, interrumpiendo las cavilaciones de Sócrates).

SÓCRATES: Me preocupa, Gorgias (añadía Sócrates en voz alta, como continuando sus pensamientos), me preocupa que, al final de cuentas, Platón me hizo responsable de lo que dice y piensa; y dice bien, no piensa mal; sin embargo, yo no pensaría lo mismo acerca de muchas cosas que él afirma de cierto, y dice que yo las afirmo.

GORGAS: No podía haberlo hecho de otro modo... (El tono de Gorgias era comprensivo, y a nadie se le habría escapado el que, tras él, iban muchos deseos de llevar la plática más lejos. Se hizo un silencio; los dos se quedaron como midiendo sus palabras. El tiempo transcurría —no es cierto; no estaban en el tiempo. Lo cierto es que Gorgias, en la inmutabilidad del infinito, se aburría de lo lindo; estaba acostumbrado a hablar con límite de tiempo; vamos, con la clepsidra, como las ranas en el agua. Pasaba, pues, algo así como lo que los humanos llamamos “tiempo”, y, entre tanto, casi le llegaba a Platón el turno de la aduana radamantina. Por cierto, ni llevaba gran equipaje; prácticamente, sólo diez o quince arcones llenos de libros viejos y, entre ellos, naturalmente, una copia de los suyos, de todo lo que, incluyendo sus cartas, había escrito en un intervalo de unos cincuenta años. Sócrates volvió a la plática).

SÓCRATES: ¿Qué querías decir, Gorgias?

GORGAS: Que Platón no podría haber escrito de otro modo; ya lo oirás de su propia boca. Si te parece, más tarde, después de que se instale en su nube, lo invitamos a un vuelo vespertino al jardín de la esquina aquella, la sembrada de azucenas; quise de-

cir, rumbo a la vía láctea. Si quieres, lo haré responder a mis preguntas igual que él me hizo responder a las tuyas en el *Gorgias*. Recuerda que será su primer vuelo, va a estrenar sus plumas; cuida, pues, mientras pregunto y él responde, de que su vuelo no sea tan bajo —puede caer a la tierra— ni tan alto —puede, al buscar sus ideas, perdernos en la altura. ¿Qué tan lejos has ido?

SÓCRATES: Descuida; aunque ya tengo años de vuelo, no le permitiré abstracciones. Si aún no olvido mis prácticas mayéuticas, lo haré desistir de sus ideas, decir que ellas no existen: éste es el otro mundo, creo; ése de que él hablaba, y... ¿has visto las ideas?

GORGAS: Por ninguna parte. Todas se quedaron allá, en la tierra, disueltas en esa misteriosa amalgama de cosas y palabras; quiero decir, atadas a los fantasmas que las palabras nos daban de las cosas. Ya ves, mira lo que llamamos “piedras”... Bueno, tú también lo sabes ahora: nada es lo que era, ni como decíamos que era.

SÓCRATES: Veo, miro, entiendo y me confundo. Y lo que más me confunde, Gorgias, es la idea de que las ideas se quedaron en la tierra. Unas más bellas que otras, otras más buenas que otras, etcétera; unas más malas, otras menos malas. ¿Te preocupan algunas en especial?

GORGAS: Sí; me preocupan las ideas buenas que están mal dichas (respondió Gorgias sin pensarlo, y añadió), ¡por Zeus! ¿Cuándo aprenderán retórica los buenos? ¿Cuándo se abrirán sus ojos a la verdad del alma, y su mente, a lo engañoso de las cosas? ¿Cuándo aprenderán que no es la verdad lo que hace que los hombres crean —¿qué es la verdad?— sino la apariencia de verdad que se les da a las cosas? Naturalmente, oh Sócrates, de tus preocupaciones hago mis preocupaciones. Yo sé, por si te consuela oírlo —y oír que tú lo has dicho— que tú no dijiste todo lo que Platón dijo que tú dijiste.

SÓCRATES: Gorgias, comienzas a hablar como en otros tiempos. ¿Podríamos dialogar menos artificiosamente?

GORGAS: Podemos, oh Sócrates. Quería decir, también, que hay razones de fondo que dan base profunda a tu pensar sincero

en el futuro próximo de los no inmortales. Les costará vivir su mundo sin ese mundo que les pintó Platón, de las ideas. Pero, en el fondo, la cosa no es tan mala; mientras no sepan aprovechar la oportunidad de cada momento, e ignoren que su vida se compone de una infinita sucesión de oportunidades, será mejor que habiten el mundo de las ideas: pálidas, temblorosas y anémicas ilusiones de las cosas. Además, también se quedaron mis escritos; pocos, tú lo sabes: como a ti, más que escribir, me gustaba hablar.

SÓCRATES: Cierto, me gustaba hablar y, como dice Platón quizá irónicamente, me gustaba decir siempre las mismas cosas; siempre tratando los mismos asuntos. Pero, volviendo al tema: tus escritos se perderán.

GORGAS: Se perderán también los de Platón.

SÓCRATES: Sí; pero se trajo una copia, y me lo temo tan convencido de sus ideas, que entregará sus copias a Hermes, para que vuelvan a la tierra.

GORGAS: No será necesario; mira (y agregó sonriente señalando con la mano izquierda), mira a Platón; no lo dejaron pasar con sus *Diálogos*; no pasaron la aduana; volverán a los hombres; mira como los siglos repiten sus ideas.

SÓCRATES: Las repiten (y preguntó con curiosidad pensativa), ¿qué ideas de tus escritos crees que sean el mejor fármaco para el mundo ideológico de Platón? Naturalmente, me refiero a las ideas malas; las buenas... Bueno, no hablamos de las buenas.

GORGAS: Casi todas son buenas, excepto —si te parece— ese mundo de ideas estáticas sobre la verdad en que se ha hecho creer a las gentes. Por lo demás, ni siquiera le tomo a mal su tirria contra la retórica. Imagínate..., si hubiera dicho abiertamente que la retórica es buena.

SÓCRATES: Sí me parece, porque son otros los autores de ese “otro mundo” de las ideas, pero él da lugar a ello con sus ideas fijas sobre la verdad. ¿Te parece bien si, volviendo a mi pregunta, me respondes? ¿Qué podrán aprender los hombres, de tus palabras? Porque, oh Gorgias, para ser francos, yo sólo veía palabras: mucha forma, poca substancia.

GORGAS: Vefas bien, mi queridísimo vidente; mis pensamientos, de algún modo, sólo eran palabras, igual que los de todos, y las palabras son algo de las cosas, pero no son las cosas. Por cierto, Sócrates, me acabo de acordar del *Gorgias* de Platón. Dime: ¿Eres tú realmente, o era Platón quien quería que mis respuestas fueran breves? Digo esto, porque... Bueno, ya casi olvidé la retórica; ya ves que aquí casi ni es necesario hablar para entendernos. Sin embargo, una de las lecciones de ese *Diálogo* me parece precisamente ésa: el que habla menos, pierde. De manera que, si quisieras que fuera breve, no lograría explicarte lo que quieres. ¿Puedo hablar ampliamente?

SÓCRATES: Ampliamente, si quieres. Sobre todo de allí donde tú dices que no es la palabra la que significa las cosas, sino que son las cosas las que le dan sentido a la palabra, o algo así, ¿te acuerdas?

GORGAS: Me acuerdo, y creo que recuerdo el pasaje casi de memoria; ¿quieres que lo repita?

SÓCRATES: Quiero, pues, ¿cómo no?

GORGAS: Para serte franco, diré que no lo recuerdo al pie de la letra: quería, en aquellos tiempos, decir mucho con pocas palabras, y el texto a que te refieres fue, sin duda, uno de los dos o tres que nunca pronuncié. Se trata, mira, de esto: yo decía que, suponiendo que realmente existiera alguna cosa, sería imposible conocerla —y ya dijimos que, ahora, desde aquí, queda claro que nada es como lo pensábamos...

SÓCRATES: Lo dijimos, y lo decimos bien: nada es como lo pensábamos; es decir, realmente no conocimos las cosas, cuya existencia, según entiendo, nunca negaste en serio.

GORGAS: ¡Claro que no, Sócrates! Y para lo que quiero explicarte es lo de menos. Incluso hay que afirmar como un hecho, que las cosas existen, y se equivocan cuantos creen y dicen que yo dije lo contrario. En realidad, en esos tiempos ya ni quería hacer filosofía; sólo aproveché las discusiones de los filósofos para ir a lo que yo quería.

SÓCRATES: ¿Adónde, Gorgias?

GORGAS: A la retórica; a poner las bases o a establecer ciertos principios de esa cosa intrínseca a la retórica: la comunicación. No me preguntes, pues, de filosofía. ¿Qué es filosofía?

SÓCRATES: Adelante, mi retórico Gorgias.

GORGAS: No te burles, venerable Sócrates; si logro explicarme, aceptarás de buen grado el título de sofista, o el de retórico, ¿cuál te molesta más?

SÓCRATES: Ninguno; ya antes de Platón, Aristófanes se había expresado muy clara y duramente contra nosotros. Claro que Tucídides no se queda atrás; pero..., prosigue.

GORGAS: Bien, repito y prosigo; suponiendo que realmente existe alguna cosa, decía yo que era imposible conocerla. Sin embargo, si las cosas pudieran conocerse, ¿cómo sería posible que alguien se las comunicara a otro? Y es que la comunicación, hablando de palabras, es cosa de palabras y, ¿cómo sería posible comunicarle al otro con palabras lo que jamás ha visto? ¿Cómo podría algo ser claro para alguien que ha oído ese algo, pero no lo ha visto?

SÓCRATES: No te entiendo, Gorgias; ¿puedes ser más claro?

GORGAS: Fíjate bien: tú estarás de acuerdo conmigo en que los ojos no pueden oír sonidos; en la misma forma, oh Sócrates, los oídos no oyen colores, sino sonidos. ¿Estás de acuerdo?

SÓCRATES: De acuerdo.

GORGAS: Pues sucede lo mismo con las palabras: el que habla, habla palabras; no habla colores, ni sonidos, ni olores, ni sensaciones; no habla cosas, para acabar pronto: el que habla no dice las cosas reales, dice palabras, lo cual es algo distinto de las cosas. De manera que —vuelvo sobre lo que te decía— si las palabras no son las cosas, ¿cómo podría alguien, cuando otro explica con palabras, hacerse una idea de aquello de que no tiene ninguna imagen, ni color, ni olor, ni nada; ninguna experiencia? ¿De qué otro modo puede representarse algo alguien mediante las palabras de otro, sino habiendo visto antes, personalmente, cuando se trata de un color, o habiendo oído él mismo, cuando se trata de un tono?

SÓCRATES: Muy simplemente, Gorgias, por medio de analogías.

GORGAS: Te entiendo, Sócrates; Platón habló, y Aristóteles habla de eso. Pero vas un poco por otro lado, y me temo que por ese camino me darías más pronto la razón; porque, estrictamente, un término análogo, o mejor, una idea análoga es, por definición, algo opuesto a la idea "propia"; es decir, no expresa la cosa de acuerdo con algún rasgo propio de la cosa, sino con rasgos tomados de otra cosa, que en parte convienen y en parte —quizá en la mayor parte— no convienen a esa otra cosa. Por ello, creo, aun los aristotélico-tomistas estarán de acuerdo en que por analogía no se concluye algo cierto, sino algo probable, y sólo en cuestión de proporciones. De manera que...

SÓCRATES: De acuerdo, Gorgias, de acuerdo; seguimos tu discurso: nadie habla olores, nadie habla colores; se hablan palabras. Por lo mismo, dices, uno no puede pensar un color, a los colores sólo puede uno verlos. En la misma forma, si entendí bien, no pensamos un tono, sino que lo oímos; sin embargo, es posible escuchar del otro una palabra conocida, y representamos lo que el otro quiere decir.

GORGAS: Sí, Sócrates; sin embargo, aunque es posible escuchar exactamente una palabra, ¿cómo puede ser posible que el oyente, mediante esa palabra conocida, se imagine exactamente lo mismo que el que habla?

SÓCRATES: ¿Por qué no?

GORGAS: Porque, a mi modo de ver, es definitivamente imposible que exista lo mismo al mismo tiempo en varias personas que están separadas unas de otras: si así fuera, oh Sócrates, lo uno serían dos. Sin embargo, aun suponiendo que en varias personas existiera algo que sea lo mismo, para cada una de esas personas ese algo, idéntico, le parecería distinto, puesto que ninguna persona es idéntica a otra en todos los aspectos. Si se diera esta identidad de personas, no se trataría de dos personas, sino de una misma... Para acabar pronto: ni siquiera una misma persona percibe lo mismo al mismo tiempo, sino que con el oído percibe algo distinto de lo que percibe con el ojo; más aún, incluso las

percepciones de ayer son, en la misma persona, distintas de las de hoy. De manera que, pienso, difícilmente una persona percibe lo mismo que percibe la otra.

SÓCRATES: ¿Quieres decir, Gorgias, que una misma cosa parece o puede parecer distinta a dos personas? En eso hay mucha razón, porque, por ejemplo mi manto, el mismo manto, a unos les parecía hermoso, y a otros, feo. Sin embargo, ¿qué, mi querido logólogo, tiene que ver todo esto con la retórica?

GORGAS: Ya llegamos al punto, Sócrates: el *logos* —la palabra— no es lo mismo que la cosa a la cual significa; es sólo un signo que está en lugar de esa cosa, y estrictamente, de algún elemento de esa cosa: ésta no puede convertirse en *logos*. Quiero decir que, por una parte, existen las cosas, y por la otra, existen las palabras, que son otra cosa, algo distinto de las cosas reales; algo que se percibe con un órgano distinto de aquellos con que percibimos las cosas: al estar con palabras, no trabajamos con los sentidos, sino con pensamientos y con juicios, que más bien tienen poco que ver con cosas reales.

SÓCRATES: No sé, Gorgias, si no te explicas bien o si soy yo el que no puede entender lo que me explicas. De manera que, por lo poco que entiendo o por lo mal que explicas, sólo puedo decir que no te creo.

GORGAS: Pon más cuidado, venerable escéptico; trataré de explicarme de otro modo.

SÓCRATES: Gracias por lo de “escéptico”; al respecto, pienso que no estás muy lejos de la verdad. Con todo, todos saben que tú eres el escéptico por antonomasia. En lo personal, me hacen gracia los alumnos que se atienen a la *epojé*, a la suspensión del juicio: me parece algo muy sano. Todos saben que, para mí, lo único cierto era el saber que no sabía nada; ¿qué te parece, Gorgias?

GORGAS: ¡Soberbio, Sócrates; sencillamente soberbio! ¿Ves como tengo razón? Todo es cuestión de apariencias, de punto de vista, de tiempos, de circunstancias, de experiencias concretas. Hay tiempos en que eres tú el escéptico; en otros, lo soy yo, y

quizá también en esto te hace poco favor tu discípulo Platón: en sus *Diálogos*, frecuentemente te ves muy dogmático.

SÓCRATES: ¿Cómo, “también en esto”? ¿En qué otra cosa?

GORGAS: No sé cómo decirlo, Sócrates. Me refiero a los efectos que puede producir un historieta-diálogo donde ya se sabe de antemano y siempre quién va a ganar...

SÓCRATES: De acuerdo, Gorgias; pero, si te parece, volvamos al tema. Aún no entiendo qué tiene que ver con la retórica eso que dices de que las palabras tienen existencia propia o, al menos, distinta existencia de las cosas reales.

GORGAS: Volvamos, oh Sócrates; pero recuerda, antes de seguir adelante, lo que he dicho siempre de la retórica; ella es, por definición, la *tejnē peri tōn logōn*. Y puedes preguntarle a Platón por qué, en el diálogo que lleva mi nombre, reduce estas palabras a “palabras políticas”.

SÓCRATES: Le preguntaremos; aunque, en mi opinión, más que hablar en serio, bromeaba un poco.

GORGAS: No “un poco”, Sócrates, yo pienso que bromeaba mucho; tal vez bromeaba demasiado. Mira cómo los tiempos se ocupan de eso que han dado por llamar “ironía platónica”; según ella, Platón dijo exactamente lo contrario de lo que dijo. Bueno, ya tendrán los hombres otros 25 siglos para reinterpretarlo, y él, más que yo, podrá decir lo que dicen que yo dije: que nunca se me acaba el tema de la plática.

SÓCRATES: Dices bien, Gorgias; pero, si te parece, ya vuelve al tema y déjate de amplificaciones. Decías, me recordabas que la retórica es el arte acerca de las palabras en general. ¿A qué viene todo esto?

GORGAS: No amplifico, Sócrates; hablo convenientemente. Mira lo que dirá Epicuro: antes que nada, hay que entender bien lo que está debajo de las palabras, a fin de que, con referencia a ese algo, podamos discutir nuestras opiniones. Y yo digo que las palabras denotan algo, pero no son ese algo que denotan; digo que uno, por decirlo a la manera de los platonistas, es el mundo de las palabras, y otro, el de las cosas, y que, sin embargo, hay

una relación entre cosas y palabras. Las cosas o, mejor dicho, lo sensible de las cosas, provoca en los hombres la palabra que, naturalmente, pertenece o se refiere a algún aspecto sensible de esas cosas de que son palabras. Quiero decir, pues, que son las cosas lo que le da sentido a las palabras mediante alguna de sus cualidades sensibles, y que, al contrario, las palabras nunca significan, nunca pueden comunicar toda la cosa real ni todas sus cualidades.

SÓCRATES: Pero, Gorgias, mi queridísimo sofista, si las palabras no significan las cosas, ¿cómo es posible que hablemos de las cosas y nos entendamos?

GORGAS: Creemos que nos entendemos, venerable Sócrates, y sólo a medias hablamos de las cosas; porque si, como acordamos, las palabras surgen de nuestra experiencia de las cosas, y esta experiencia es algo único en cada persona, hay que concluir en que una palabra no significa exactamente lo mismo para todos, sino que cada palabra en cada individuo y casi en cada situación, significa algo distinto.

SÓCRATES: O no entendí correctamente, o quieres decir que la ciencia de las palabras, la ciencia del discurso, estriba en la idea de que la palabra, por una parte, es el signo de la cosa, pero, por la otra, no de toda la cosa, sino —realmente— sólo de algún aspecto, de alguna cualidad de las cosas, cuya realidad realmente no es la de la realidad, sino la de una realidad verbal que les creamos en la cabeza.

GORGAS: Exacto. Te lo diré con un ejemplo: la palabra “muerte” es la misma para todos (en cierto sentido, no tengo nada contra Aristóteles); sin embargo, tú estarás de acuerdo conmigo en que unos temen la muerte, y otros, como tú, no la han temido. ¿A qué crees que se debe el que unos la temen y otros no, sino al hecho de que la palabra “muerte” no significa lo mismo para todos?

SÓCRATES: Dices verdad, Gorgias. Epicteto lo dirá de la siguiente manera: no son las cosas lo que espanta a los hombres, sino las opiniones que se dan de las cosas. ¿Y la retórica?

GORGAS: Es la ciencia de las palabras, Sócrates. Cuando el que habla aprende que realmente no es la realidad la que impresiona al ser humano, sino las imágenes que tiene de la realidad a través de las palabras, entonces puede decirse que sabe el alfa-beta-gamma de la retórica; porque el discurso es a la verdad, lo que la palabra a la cosa. Di, pues, “verdad” en lugar de “realidad”, y, en lugar de “imágenes”, di “opiniones”; entonces entrarás al meollo de la retórica como yo la entiendo: no es la verdad lo que importa para persuadir al auditorio, sino las opiniones que el auditorio tiene como verdades. ¡Cuántos a cuántos, en torno a cuánto, han persuadido y aún persuaden, plasmando un discurso no verdadero!

SÓCRATES: Pero, mi buen Gorgias, ¿vamos a usar la retórica para decir mentiras, y no la verdad?

GORGAS: Que lo diga Platón, si no me crees a mí: con tal de que sea por un bien —quiero decir, por algo que consideremos como un bien, piensa en tu república— valdrá la pena. Pero eso lo dijo Platón; yo digo, o quiero decir, que el arte de la retórica consiste en darle a la verdad una apariencia de opinión, a fin de que, como opinión, que es lo que mueve, pueda mover al oyente.

SÓCRATES: Así me parece mejor, porque en tu *Encomio de Helena* escribiste que la belleza, el *cosmos* para la palabra es la verdad. Mira, Platón ya se va a su nube; le tocó una muy alta y, naturalmente, no va a estar muy contento: quedará más lejos de la tierra y, por lo mismo, muy lejos de las ideas. ¿No es curioso el que aquí no necesitamos de ideas, sino que podamos ver las cosas cara a cara?

GORGAS: Curiosísimo, diría yo.

SÓCRATES: Vamos por Platón; pero, ¿puedes explicarme al vuelo qué otras implicaciones tiene en la retórica tu teoría de la palabra como signo de las cosas? Porque yo pienso, Gorgias, que para hablarle al auditorio es más cómodo, como diría Platón, pensar que toda palabra es, por abstracción, signo de una idea o substancia única de cada cosa en cada persona; es decir, que lo importante es “lo que” es la cosa —o el *logos*, como una cosa

más: algo que es o significa lo mismo para todos, y —al contrario— que lo accidental es precisamente eso: algo sin mayor importancia. Sin embargo, si cada uno de los oyentes se imagina algo distinto ante cada palabra, la tarea del hablante está, como dirán más tarde, en chino.

GORGAS: No la de hablar, Sócrates, sino la de hablar de manera que te entiendan. No es que tenga algo contra Aristóteles, pero, como dicen por ahí: “cuando el río suena, agua lleva”, y lleva, a mi modo de ver, un dejo de insatisfacción ese estribillo que entonarán sus estudiantes: “con el acto y la potencia, la substancia ya valió...” Y yo no iría tan lejos, Sócrates; sólo digo que los accidentes son muy importantes.

SÓCRATES: ¡Por el Perro de Egipto! ¡Sí que son pícaros los latinoamericanos! Pero, ¡ay, queridísimo Gorgias, si todos tuvieran, como tú decías, tanto memoria de lo pasado como consideración de lo presente y previsión del porvenir, no sería igualmente igual la palabra...! Bueno, tú te sabes ese texto.

GORGAS: ¡No te entiendo, Sócrates! ¿Adónde van tus pensamientos?

SÓCRATES: Yo creía, Gorgias, que eso de substancia y accidente, de esencia y existencia, de particulares y universales; de reflejos y directos, predicamentos o categorías, etcétera y etcétera, eran cosas de la historia de la filosofía. Pero mira, en vísperas del siglo XXI, volverán a repetir la misma tonadita, y claro, lo triste es que piensen que se trata de algo posmoderno... Mejor volvamos, si te parece, a la cuestión. Te decía que, si cada uno de los oyentes se imagina algo distinto ante cada palabra, la tarea del hablante está en chino; y tú decías que no es la de hablar lo que es difícil, sino la de hablar de manera que nos entiendan; ¿qué querías decir?

GORGAS: Quiero decir que, si quieres que te entiendan, debes primero entender al otro. Aquí, en este “más allá” de los humanos, tú entiendes que yo entiendo que entiendes que te entiendo; sin embargo, en la historia, las cosas no son exactamente así. Los oradores olvidan frecuentemente que, antes de lanzar sus pala-

bras, deben saber muy bien qué significan esas palabras para el oyente, para el auditorio, para los jueces.

SÓCRATES: ¿Es eso, Gorgias, lo que entiendes por “entender al otro”?

GORGAS: Eso, Sócrates, y algo más. Así como hay que entender o dar a entender al oyente lo que significan las palabras —o no hay comunicación— de la misma manera, hablando del discurso y de la verdad, entender al otro significa entender que lo importante para él no es la verdad, sino su verdad: la opinión que él tiene como verdad. Sólo a partir de ese hecho puede pensarse en persuasión.

SÓCRATES: Pero eso es difícilísimo, Gorgias.

GORGAS: Sí, queridísimo Sócrates, hay que estar inspirado para eso. Yo creo, no obstante, que es necesario; y, variando un poco el discurso, yo diría que, en gran parte, precisamente por eso te condenaron los jueces: no quisiste entender su verdad, y ellos no entendían nada de lo que les decías.

SÓCRATES: ¿No entiendes, Gorgias enigmático, que yo prefería morir por la verdad?

GORGAS: Por tu verdad, querrás decir. Pero, nobilísimo Sócrates, ¿querías la muerte, o querías que creyeran tu verdad?

SÓCRATES: Que creyeran mi verdad, naturalmente.

GORGAS: Pues yo opino, Sócrates, que te faltó un poco de retórica; porque no aprovecha en mucho la muerte para convencer de la verdad, y el decir la verdad, estrictamente, no tiene nada que ver con la muerte; si así fuera, ya todos los humanos creerían en la verdad (por dos o tres que dicen haber muerto por ella); e imagínate, si tuvieran que morir todos los que dicen la verdad...

SÓCRATES: En eso tienes mucha razón, porque, en 25 siglos, a todos les gustará lo que dije, pero eso es todo; no estarán convencidos de mi verdad: vivirán como les plazca.

GORGAS: Exacto. Convéncete, pues, de que ni el problema está en la verdad, ni en la muerte, la solución, sino en saber decir la verdad; quiero decir, en aceptar que, en estos terrenos, no aprovecha en mucho la verdad para convencer al otro, y el convencer al

otro no tiene nada que ver con la verdad. Lo primero, pues, Sócrates —vuelvo a lo que me preguntaste— lo primero es afinar las cuerdas de la voz, quiero decir, afinar las palabras: hacer que signifiquen lo mismo en el oyente y en el hablante. A eso llamo *kairós*, *prepon*; los latinos dicen *aptum*.

SÓCRATES: ¿Quieres decir que, según la retórica, o aprende el que habla lo que cada palabra significa para el oyente, o enseña el hablante al que oye lo que él mismo entiende en cada palabra?

GORGAS: Eso mismo quiero decir, y algo más. Digo que, *mutatis mutandis*, eso mismo hay que afirmar del discurso —del *logos*— con respecto a la verdad: hay que tener presente la opinión del otro; y digo, además, que desde esta perspectiva debe entenderse rectamente lo que es el *aptum*; no se trata —como parecía decir Platón y afirman otros muchos, más platónicos que él— de adular al oyente, al juez o a la asamblea. Se trata de que los interlocutores lleguen a estar en una situación tal, que interpreten las palabras de la misma manera y tengan la misma disposición anímica; de que, para esto, el que habla tenga en cuenta la situación concreta en que se encuentra a la hora de las palabras, y de ver que a esa situación pertenece la psicología, mejor dicho, el estado anímico en que se encuentra el oyente: no se trata de adulación, sino de calcular la oportunidad de las palabras.

SÓCRATES: Me parece muy bien lo que dices, Gorgias; por eso es necesario, por ejemplo, un proemio, que nunca puede omitirse en los discursos: hay que disponer la voluntad del auditorio.

GORGAS: Claro que para eso sirven los proemios, cuando hay que hacer proemios. Sin embargo, eso de exordios y proemios, proposiciones (narraciones y divisiones), argumentaciones (pruebas y refutaciones), peroraciones, conclusiones y recopilaciones, todo eso, digo, casi me parece un peligro para la retórica, igual que toda la tropología o leporía o teoría de las figuras a que han querido reducir el arte de las palabras. Quiero decir, y sé bien que me entiendes, que nada de eso funciona por sí mismo: todo necesita su *aptum*; éste es quien dice si conviene un proemio o no conviene o cuál proemio; si conviene un tropo o una figura o cuál tropo o cuál figura.

SÓCRATES: Entiendo, y como dice Aristóteles, esto no sólo pertenece a los discursos políticos —Platón es magistral en el uso del *prepon* en sus *Diálogos*; adecuar la expresión al tipo y contenido del discurso, mover el *ethos*, provocar el *pathos*, todo ello pertenece a la técnica de la palabra, este gran potentado que lleva a cabo obras divinas. Por eso tú, creo, en tu *Encomio a Elis*, sin hacer ningún exordio, ningún movimiento, comienzas inmediatamente: “Elis, polis dichosa”.

GORGAS: Exacto, Aristóteles recoge buenos elementos de la retórica de los sofistas. En pocas palabras, el orador, me refiero en general al que habla, calculando tiempos, lugares y circunstancias, debe saber decir y callar y hacer y omitir lo conveniente cuando es conveniente y, naturalmente, donde es conveniente: cuándo, dónde, cómo... Y tú lo sabes, ni siquiera puede decirse estrictamente que esta teoría del *kairós* me pertenezca a mí o le pertenezca a Protágoras; acuérdate del “date cuenta del momento más oportuno” de Pítaco. Yo, nosotros, sólo lo adaptamos a la *tejne* de la retórica, de cuyo compendio mío, por lo visto, nunca le llegó un ejemplar a Dionisio de Halicarnaso. (Caminaron pensativos, platicando del *aptum*, hacia el cubículo de Platón...).

SÓCRATES: Hemos llegado, Gorgias. Arden mis deseos de estrechar a Platón entre mis brazos, y de escuchar su voz y sus razones.

GORGAS: ¿Tocas o toco?

SÓCRATES: El nunca tocaba cuando iba a visitarme. Incluso, cuando estaba en la cárcel, me sorprendía durmiendo, después de sobornar a los guardias... El moralista.

GORGAS: ¿No se ponía celoso Alcibíades?

SÓCRATES: Eran buenos amigos.

GORGAS: Adelante, Sócrates. No tengo nada contra Platón, pero corro el peligro de decir la verdad, si afirmo que le dará más gusto verte a ti, que a mí.

PLATÓN: No es necesaria ni una ni otra cosa, ni que entren ni que toquen. (Se abrió una voz saliendo de la puerta; era Platón. Dijo, y a pesar de la neblina eterna, se notaba —por el cambio de

temperatura— la tibia vaporización del alma nueva, de una recién separada del calor del cuerpo. A un tiempo se abrieron sus alas y las de su maestro rumbo al abrazo más platónico que uno pueda imaginarse).

SÓCRATES: ¡Platón, queridísimo; mi buen Platón, alumno de mi alma, alma de mis conversaciones, diálogo eterno ya: seas bienvenido! (Y un lacrimoso abrazo de inefable felicidad ahogó sus parlamentos. No oímos nada: era un diálogo que se quedará inédito: un diálogo de alma a alma).

GORGAS: ¿Pueden hablar más fuerte? No oigo nada.

SÓCRATES: No entenderías nada, Gorgias; te falta mucho contexto...

GORGAS: Entiendo.

PLATÓN: ¿Qué entiendes, sapiente Gorgias? (No lo abrazó; no le extendió las alas. Separando el abrazo del maestro, le alargó la siniestra mientras, con la derecha, se aferraba al maestro, y caminaron juntos...).

GORGAS: Entiendo que entienden que entiendo que no entiendo.

PLATÓN: Bien dicho, Gorgias. Sigues igual que siempre: diciendo mucho en pocas palabras.

GORGAS: ¿Me entendiste, Platón?

PLATÓN: Claro que te entendí; ¿acaso no entendiste mi *Gorgias*?

SÓCRATES: Mejor que yo, Platón, según parece. De ese diálogo platicábamos precisamente mientras se tramitaba tu llegada, y, mientras yo me quejo, Gorgias casi te defiende.

PLATÓN: Pero, ¿qué no entiendes, maestro?

SÓCRATES: Tu tirria contra la retórica.

PLATÓN: ¿Tirria? ¿Qué dices?

SÓCRATES: Que hablas muy mal de la retórica; que la usas muy bien, y me culpan a mí de haberla difamado.

GORGAS: Yo no lo creo.

PLATÓN: ¿Qué no crees, Gorgias? ¿Que no uso bien la retórica?

GORGAS: Sería un tonto. No, Platón; no me refiero a eso. Lo que no creo es que hables mal de la retórica, ni que se culpe a Sócrates de haberla difamado.

SÓCRATES: Pero, Gorgias, ¿no es precisamente eso lo que decíamos?

GORGAS: Sí y no.

SÓCRATES: Por fin, Gorgias, ¿sí o no?

GORGAS: Sí y no, mi buen Sócrates. Depende de quién, cómo y cuándo se lean los *Diálogos*.

SÓCRATES: Entiendo.

PLATÓN: ¿Qué entiendes, maestro? Yo no entiendo nada.

SÓCRATES: Ya lo entenderás; pero antes, dos preguntas. ¿Las quieres juntas, o de una en una?

PLATÓN: De una en una, si quieres; juntas, si quieres: no soy tan viejo como para no recordar la otra después de contestar la una.

GORGAS: ¿Qué dices, Platón? ¿Tienes algo contra la vejez o contra mi memoria?

PLATÓN: Contra nada, Gorgias. Todo el mundo sabe que contigo, aparte de en otras cosas, nadie podría competir en mnemotecnia; ni Homero, ni Simónides ni ninguno de cuantos menciona Quintiliano en sus libros. Me refería a los hombres: desde que inventaron ábacos y contadoras y demás instrumentos de cómputo, descuidan la memoria, y... Bueno, olvidando el pasado, se hacen fácil presa de los charlatanes. De manera que, Sócrates, pregunta como quieras.

SÓCRATES: ¿Qué dices, Gorgias? ¿Cómo pregunto?

GORGAS: ¿Qué puedo decirte, Sócrates? Tú eres el maestro de la mayéutica; pregunta como se debe, para que obtengas la respuesta que quieres; ¿no era esa tu especialidad?

PLATÓN: ¿Tiene que ser aquí, o podemos dar un vuelo y volando, recordar esas artes?

SÓCRATES: Luego, ¿aceptas que la retórica es un arte?

PLATÓN: Nunca lo negué.

SÓCRATES: ¿El arte acerca de las palabras?

PLATÓN: Acerca de las palabras. ¿A qué viene todo esto?

SÓCRATES: ¿De todas las palabras?

PLATÓN: De todas las palabras; sí, el arte de la palabra encaminada a la persuasión.

GORGÍAS: ¿Ves, Sócrates? Ya te lo había yo dicho; Platón sólo bromeaba en el *Gorgias*, y ¡con qué arte!

PLATÓN: ¿Te gustó?

GORGÍAS: Muchísimo. Ya le decía a Sócrates que nunca te lo tomé a mal. Casi se trata de un modelo exacto de esas obras divinas de que es capaz la palabra, como solía yo decirlo en otros tiempos, y Sócrates lo mencionó hace un rato.

SÓCRATES: Pero, Platón, allí restringes las palabras de la retórica a los discursos políticos; niegas que ella sea un arte, y la reduces a simple charlatanería y adulación.

PLATÓN: Gorgias (dijo, y se sonrió con sonrisa buena, como sintiéndose halagado de que incluso el maestro hubiera caído en sus argucias), Gorgias —repitió— ¿querrías hacerlo en mi lugar? ¿Podrías explicarle a Sócrates más brevemente? Así, más brevemente, sin duda tú podrías hacerlo mejor que yo. Tengo ansias de estrenar mis plumas.

GORGÍAS: Podría; pero Sócrates quiere oírlo de tu boca.

SÓCRATES: De tu boca, Platón. No de Gorgias, ni siquiera quiero oírlo de aquellos que, ajenos a él, dominan los pormenores del discurso, o dicen que los dominan; quiero decir que ni siquiera quiero oírlo de los especialistas de tus *Diálogos*. Unos dicen que dices una cosa; otros, que no, que dices otra, e incluso dicen que hablas de todo y no dices nada cierto. ¿Quién les entiende? Dilo tú, y que sea brevemente, si quieres que nos vayamos pronto. Y que sea aquí, porque durante el vuelo querrás ver y oír otras cosas más interesantes.

PLATÓN: Sí. Ya que no encuentro ideas, quiero ver los orbes celestes, las nueve esferas; escuchar sus sinfónicos sonidos, tantos y tan dulces, sus supremos y estelíferos cursos. Bueno, como dirá el poeta, volar quiero “en la rueda/ que huye más del suelo/ contemplar la verdad pura sin velo... Veré los movimientos celestiales,/ ansí el arrebatado/ como los naturales,/ la causa de los hados, las señales./ Quién rige las estrellas/ veré y quién las enciende con hermosas/ y eficaces centellas;/ por qué están las dos Osas/ de bañarse en el mar siempre medrosas...”

GORGIAS: Me agrada lo que cantas, ¡cuánto ritmo, cuánto *homeoteleuton*! Y más me agrada corroborar que, incluso en ciertas teorías, estás de acuerdo conmigo.

PLATÓN: ¿A qué te refieres, Gorgias? ¿A tu “considero y nombro a la poesía toda como un discurso que tiene medida”?

GORGIAS: Exactamente.

PLATÓN: Sólo una inspiración divina pudo dictarte esa sentencia: nadie, en mi opinión, podrá lograr una definición más justa.

SÓCRATES: ¿Pueden dejarse de amplificaciones? No verás nada, divino Platón; ni oirás ninguna de esas sinfonías, si antes no me respondes.

PLATÓN: ¿Responder, qué?

SÓCRATES: ¿Tan joven, y no lo recuerdas? ¿Qué será después? Quiero oír de tu boca, por qué en el *Gorgias* restringes las palabras de la retórica a los discursos políticos; por qué niegas que ella sea un arte, y la reduces a simple charlatanería y adulación. Y, si te urge ir de vuelo, más vale que seas breve.

PLATÓN: Vuelo: el interés tiene pies; perdón, quise decir “tiene alas”, aún no me acostumbro a ciertas cosas. Seré breve, y diré simplemente que, por una parte, no hablaba *hōs alēthōs* de la retórica, sino de los malos oradores; vamos, de los políticos: recuerda qué infierno habían hecho con esa abigarrada e indisoluble amalgama entre legislación y prácticas judiciales: nos hundieron en la miseria por su ambiciosa guerra del Peloponeso; te condenaron injustamente a morir justamente —o algo así; nunca me aceptaron en los círculos dominantes, etcétera, etcétera; tú me entiendes. Había que atacar de alguna manera.

SÓCRATES: ¿Y por qué no con filosofía?

PLATÓN: Sigues soñando, Sócrates, como en mis *Diálogos*: si los políticos no entienden nada de política, menos entenderán de filosofía.

SÓCRATES: ¿Y por qué no atacarlos directamente, como yo lo hice?

PLATÓN: Ya ves lo que te pasó. No siempre es conveniente decir toda la verdad.

SÓCRATES: ¿No dijiste toda la verdad en el *Gorgias*?

PLATÓN: Ni de chiste. Por boca de Polo y de Calicles te puse haciendo chistes y diciendo las tonterías más rústicas que puedan pensarse.

SÓCRATES: ¿Ves, Gorgias? Te dije que yo nunca había dicho muchas cosas que él afirma que yo dije.

GORGAS: Veo.

SÓCRATES: Luego, ¿no niegas, Platón, que la retórica es un arte?

PLATÓN: ¡Claro que no! ¿Crees que, si lo negara, le habría dedicado tanto tiempo? No te apures, queridísimo Sócrates. Pregunta, oye, créeme y vámonos. Tienen el *Fedro*, que escribí unos 30 años después, en tiempos del gran Isócrates: más claro no podría haberles dicho que la retórica es un arte, y ¡qué arte!

SÓCRATES: ¿Y la adulación?

PLATÓN: Es lo mismo. Después de tu ejecución, yo aprendí que no siempre es necesario, ni siempre es conveniente decir abiertamente la verdad. Los verdaderos oradores, vamos, los verdaderos sofistas —ya oíste a Gorgias— no me lo tomaron a mal: me entendieron bien. Al contrario, creo, los políticos —todos iguales, distinguiéndose sólo en que unos se parecen más que otros— también me entendieron, pero no tiene remedio: para ser francos, no aprendieron nada: siguen adulando como meretrices y mintiendo como periódicos oficiales; ignorantes, como ni mandados a hacer los obtendrás mejores: necesitan gramáticos que les escriban sus discursos, y cuando hablan en público... ya los has visto, se equivocan en la lectura, y has oído las barbaridades que dicen. Si no matan de hambre a los filósofos, los invitan a tomar la cicuta o, en un gesto de misericordia, los destierran de la patria para que no perviertan a los jóvenes.

Gorgias miraba atentamente a Sócrates; Sócrates contemplaba a Platón; Platón hizo una pausa —estaba hablando demasiado directamente, como nunca lo habría hecho en vida— y, extendiendo sus alas, levantaron el vuelo de un diálogo cuyo contenido era imposible de oír, merced al precipitado ruido de un aleteo emplumado e impaciente de estrellas.

Bibliografía

- ARISTOPHANES, I (trad. de B. B. Rogers). Cambridge, Massachusetts, The Loeb class. Library, 1967. (*The Clouds*, pp. 266 ss.).
- ARISTOTLE, *The "art" of Rhetoric* (trad. de J. H. Freese). Cambridge, Massachusetts, The Loeb class. Library, 1967.
- BAUMHAUER, Otto, A., *Die sophistische Rhetorik (eine Theorie sprachlicher Kommunikation)*. Stuttgart, J. B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung, 1986.
- BURNET, John, *Greek Philosophy*. Londres, 5a. ed. 1932.
- Cicerón, *Bruto* (versión de J. A. Ayala). México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 1966.
- _____, *De la republica* (versión de J. Pimentel). México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 1984.
- _____, *Cuestiones académicas* (versión de J. Pimentel). México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 1980.
- DIOGENES LAERTIUS, II: *Lives of eminent Philosophers* (trad. de R. D. Hicks). Cambridge, Massachusetts, The Loeb class. Library, 1970 (Book x, Epicurus, pp. 529 ss.).
- Denys d'HALICARNASSE, *La Composition stylistique* (trad. de G. Aujac y M. Lebel). París, Société d'éditions "Les belles lettres", 1981.
- DUPRÉEL, Eugène, *Les Sophistes. Protagoras, Gorgias, Prodicus, Hippias*. Griffon, Neuchatel, Bibliothèque Scientifique 14, Philosophie et Histoire, 1948.
- GIGON, O., *Platon. Sein Bild in Dichtung und Geschichte*. Bern, 1947.
- GORGIAS, *Fragmentos* (versión de P. C. Tapia Zúñiga). México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 1980.
- _____, "Acerca del no ser o acerca de la naturaleza", en *De Melisso, Xenophane et Gorgia (979a 11 - 980b 21)*, en Aristotle, *Minor works...* (trad. de W. S. Hett). Cambridge, Massachusetts, The Loeb class. Library, 1963 (sobre Gorgias, pp. 497 ss.).
- KERFERD, G. B., *The Sophistic movement*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981.
- LEÓN, Fr. Luis de, *Poesía* (selección, estudio y notas por J. M. Alda Teresa). Zaragoza, Ed. Ebro, S. L., 8a. ed., 1971.
- MARTIN, Gottfried, *Platon*. Reinbek bei Hamburg, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1969.

- PLATO, I: *Euthyphro, Apology, Crito, Phaedo, Phaedrus* (trad. de H. N. Fowler). Cambridge, Massachusetts, The Loeb class. Library, 1971.
- PLATÓN, *Gorgias* (versión de U. Schmidt). México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 1980.
- QUINTILIAN, *The Institutio Oratoria* (trad. de H. E. Butler), Harvard Univ. Press - W. Heinemman, Cambridge, 1969 (reimpr. 1920). (4 vols.). (The Loeb Classical Library, 124-127).
- ROMILLY, J. de, *Les grands sophistes dans l'Athènes de Périclès*. París, Ed. de Fallois, 1988.
- SCHLEIERMACHER, *Geschichte der Philosophie*. Ed. H. Ritter. Bd. iv, 1, Berlín, 1839.
- TÁCITO, Cornerio, *Vida de Julio Agrícola* (versión de J. Tapia Z.). México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 1978.
- VERMEER, Hans J. "Sophistik und Rhetorik", en Hans J. Vermeer, *Skizzen zu einer Geschichte der Translation*. Frankfurt/M., IKO - Verlag für Interkulturelle Kommunikation, thw Band 6. 1, 1993, pp. 79-126.
- _____, "Produktionstheorie (Versuch einer Theorie der vier Ebenen - Thomas von Aquin und Karl R. Popper)", en Hans J. Vermeer, *Voraussetzungen für eine Translationstheorie*, Heidelberg, 1986, pp. 382-489.